

## COOPERACIÓN Y LIBERTAD EN INTERNET, ¿ES POSIBLE?

nº57 (septiembre)

### Wikipedia

#### La guerra de los enciclopedistas

César Rendueles

Wikipedia es, por encima de todo, una enciclopedia. Ni más ni menos. Es una buena enciclopedia, la mayor de la historia en todo caso, y una experiencia cooperativa apasionante. Pero no es un foro de debate, ni un parlamento virtual, ni una revista, ni la panacea universal del conocimiento humano. Conviene recordarlo porque hay mucha gente que exige de Wikipedia mucho más de lo que puede dar.

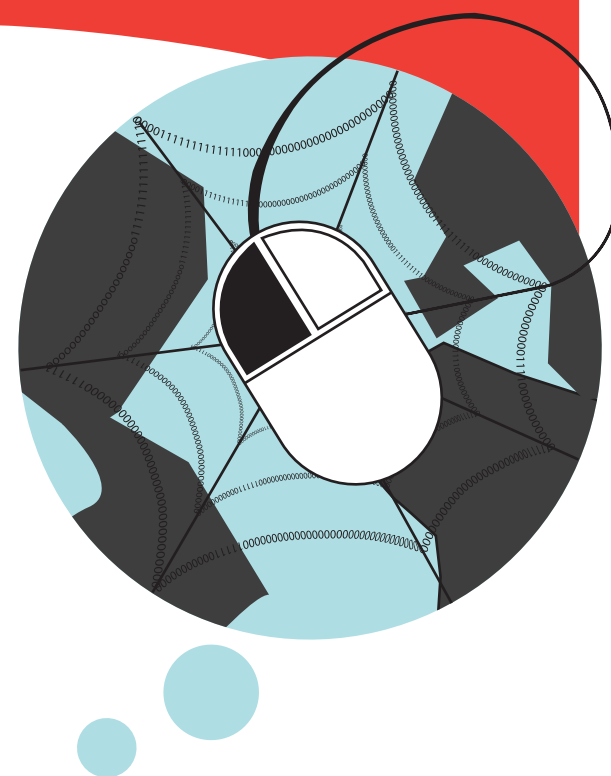
En términos generales, las enciclopedias se caracterizan, a diferencia de los ensayos o los artículos de opinión, por buscar la neutralidad como ideal normativo y, a diferencia de las monografías, por no presentar investigaciones originales sino elaboraciones secundarias a partir de aquellas. Las enciclopedias reúnen el saber acumulado y comúnmente aceptado por la comunidad de científicos y expertos, y Wikipedia nunca ha pretendido ser una excepción en este sentido. Es, al mismo tiempo, un proyecto intelectualmente mucho más modesto y más ambicioso de lo que algunos se imaginan. Modesto, porque pretende



parecerse a cualquier enciclopedia elaborada profesionalmente. Ambicioso, porque aspira a ser elaborada cooperativamente por una gran masa de usuarios anónimos no expertos extrayendo de cada uno de nosotros las infinitésimas de erudito que cada uno poseemos. Esto significa que, idealmente, la singularidad de Wikipedia tendría que ver con la forma de trabajo, no con sus contenidos.

Wikipedia tiene fecha de fundación. La creó Jimbo Wales, con la ayuda de Larry Sanger, el 15 de enero de 2001 como complemento de Nupedia, una enciclopedia escrita por expertos. Desde entonces ha tenido un desarrollo extraordinario y es una de las páginas web más visitadas del mundo. En la actualidad Wikipedia depende de la Fundación Wikimedia, una organización sin ánimo de lucro, y se ha completado con nuevos programas con entidad propia: hoy Wikipedia comparte protagonismo con proyectos como Commons, Wikcionario, Wikilibros o Wikinews. De hecho, a largo plazo, algunos de estos proyectos pueden llegar a resultar aún más influyentes que Wikipedia. Por ejemplo, obtener imágenes y gestionar sus derechos de autor es un problema cotidiano caro y engorroso para muchos medios de comunicación, empresas y particulares. El proyecto Commons propone la elaboración de un gran repositorio abierto de imágenes y contenidos audiovisuales, una tarea hercúlea pero con enormes potencialidades. Si Commons llegara a competir con plataformas no enteramente libres, como Flickr o Youtube, como almacén de contenidos fotográficos y audiovisuales, su impacto en la industria cultural podría ser enorme. Del mismo modo, los proyectos de diccionarios o de manuales científicos tienen grandes posibilidades de llegar a convertirse en estándares en su terreno. Su limitación frente a Wikipedia es, por supuesto, que las barreras de acceso cognitivas son más elevadas.

Básicamente, Wikipedia es un proyecto editorial cooperativo en el que participan en igualdad de condiciones una gran masa de redactores anónimos ayudados por una serie de herramientas técnicas muy sencillas de utilizar y unas reglas de edición y comportamiento que, en la práctica han demostrado ser un poco más complicadas de asimilar.



La mecánica de Wikipedia es muy simple: cualquier usuario puede enmendar un artículo o crear uno nuevo si lo considera necesario. El resto de usuarios puede, a su vez, rechazar, rectificar o continuar ese trabajo y así sucesivamente. Uno sencillamente busca una entrada y, si no la encuentra o la información le parece deficiente –incompleta, poco rigurosa, mal redactada...–, puede crearla o modificarla. Todos los cambios se conservan, de forma que es posible observar la evolución de una entrada y, si se considera necesario, se puede revertir cualquier modificación. Además, cada entrada de Wikipedia tiene una página asociada donde los usuarios pueden discutir las modificaciones y llegar a consensos. Muy distintivamente Wikipedia es una enciclopedia no elaborada por expertos: las discusiones sobre contenidos son horizontales y un catedrático tiene el mismo derecho a editar un artículo que un adolescente.

Para que esta colaboración sea posible existen una serie de normas. Las más importantes son las que se conocen como cinco pilares. Son normas constitutivas que definen la estructura misma de Wikipedia (o sea, como las reglas del ajedrez, más que como una señal de tráfico). El primer pilar establece que, como se indicaba más arriba, Wikipedia es sencillamente una enciclopedia. En particular, establece como objetivo fundamental de los editores de Wikipedia evitar que se

## 2 COOPERACIÓN Y LIBERTAD EN INTERNET, ¿ES POSIBLE?



convierta en una fuente primaria. Esto significa que Wikipedia no es el lugar donde exponer al mundo un descubrimiento o una investigación original –como sí lo es una revista científica o un congreso–, sino una obra de referencia que recoge conocimientos ya validados por la comunidad de expertos y, por tanto, se alimenta de fuentes primarias. Esto es muy importante para que el trabajo de edición se puede llevar a cabo de manera amplia y rigurosa sin necesidad de que las entradas estén elaboradas por expertos, pero también para evitar que Wikipedia se convierta en un álbum de recuerdos familiar o en una editorial de ensayos variados.

El segundo pilar es el de la neutralidad que, no obstante, conviene puntualizar. Wikipedia no promueve la mera recopilación de distintos puntos de vista enfrentados. Es cierto que, cuando no se alcanza un consenso razonable respecto a un contenido determinado, se intentan presentar las distintas perspectivas de forma precisa y citando fuentes autorizadas que puedan

más relevante de lo que podría parecer, porque Wikipedia también cuenta con una serie de reglas secundarias, que se conocen como “políticas”. Muchas de ellas son normas editoriales básicas relativas a la redacción de entradas o a la naturaleza de las fuentes empleadas. Estas políticas son muy útiles pero hay casos concretos en las que el sentido común aconseja saltárselas.

Todos los usuarios participan en la enciclopedia en igualdad de condiciones con algunas excepciones. La más importante es la de un tipo de usuarios especiales llamados “bibliotecarios”. Los bibliotecarios son usuarios con algunos privilegios dirigidos a garantizar que se cumplen los principios que rigen Wikipedia. Los bibliotecarios tienen acceso a algunas posibilidades restringidas del software de Wikipedia: básicamente borrar y restaurar artículos e imágenes, proteger y desproteger páginas y bloquear y desbloquear a otros usuarios. Los bibliotecarios son usuarios normales en el sentido de que están sujetos a las reglas de Wikipedia, sus decisiones son reversibles por otros bibliote-

entradas buenísimas con meros esbozos o incluso informaciones erróneas. En cambio, las enciclopedias tradicionales tienden a ser mucho más homogéneas. Sin embargo, el éxito de Wikipedia ha multiplicado también el número de conflictos y polémicas que algunos usuarios viven dolorosamente.

A menudo, las intervenciones de los bibliotecarios no son bien recibidas. Y es cierto que se producen borrados de artículos o bloqueos de cuentas muy discutibles. No obstante, se trata de herramientas útiles para evitar intervenciones destructivas o guerras de ediciones. Algunas entradas, generalmente de contenido político, dan pie a debates interminables completamente improductivos. Resulta imposible consensuar un contenido neutral para una entrada cuando dos o más bandos enfrentados en algún conflicto político o intelectual utilizan Wikipedia como campo de batalla. En estos casos, la intervención de un bibliotecario puede ser muy importante para evitar que se desvirtúe la naturaleza del proyecto. No se debería caer en el error de pensar que Wikipedia consiste sólo en estas polémicas. La inmensa mayoría de entradas no políticas y susceptibles de conocimiento científico no generan ningún conflicto. Incluso las entradas políticas de contenido polémico son una minoría. Estos problemas tienen bastante que ver con la forma en que nos movemos por Internet. La inmediatez, el anonimato y la distancia física respecto a otros usuarios propician una actitud impaciente y desconsiderada –cuando no directamente vandálica– que son el opuesto exacto de lo que precisa la redacción de una enciclopedia, en el fondo un trabajo oscuro y poco agradecido para el que hay que tener cierta vocación.

Hay un segundo tipo de conflicto menos frecuente pero también más importante. Un buen ejemplo fue la polémica desatada a raíz de la inclusión de [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org) en la lista negra de spam de Wikipedia. Se trata de una decisión adoptada por una bibliotecaria de una manera más bien frívola y que podría y debería haberse revertido inmediatamente. Sin embargo, la reacción de los partidarios de [rebellion.org](http://www.rebellion.org) y la aparición de la noticia en diversos medios de comunicación, entre ellos el diario Público, provocó el encastillamiento de los bibliotecarios de Wikipedia y sacó a la luz un conflicto significativo entre distintas percepciones de la cultura libre que, en realidad, reposan sobre una misma precomprensión errónea de la naturaleza de las relaciones sociales en Internet.

Tendemos a imaginar que Internet es una especie de marco comunicativo ideal capaz de armonizar la participación de distintos usuarios que concurrirían a él dotados únicamente de sus intereses privados. Un subproducto de esta percepción es que inevitablemente tendemos a adscribir a los demás nuestra propia percepción de Internet y a infravalorar los antagonismos con otros proyectos. Con frecuencia esto resulta muy frustrante cuando la realidad finalmente nos defrauda. Así, los partidarios de [rebellion.org](http://www.rebellion.org) se sintieron traicionados por un proyecto que consideraban políticamente cercano, mientras los miembros más activos de Wikipedia en español observaban con espanto cómo se confirmaban sus sospechas de que, en realidad, el mundo entero se negaba a someterse a los protocolos propios de la redacción de una enciclopedia. En efecto, buena parte de la izquierda tiene problemas para aceptar que un proyecto útil e incluso con algunas potencialidades emancipatorias puede no ser necesariamente de izquierdas en ningún sentido de



verificarse. Pero, obviamente, esto no quiere decir que en un artículo sobre las pirámides de Egipto haya que hablar de su posible origen extraterrestre.

El tercer pilar tiene carácter legal y, a largo plazo, es crucial: Wikipedia –y, más importante todavía, Wikimedia– es de contenido libre, todos los artículos se pueden modificar y enlazar, cualquier texto puede ser editado y redistribuido con finalidad comercial o no comercial y sin previa consulta. El cuarto pilar es la comunicación sosegada y educada, evitando las guerras de ediciones. Puede parecer un añadido meramente protocolario pero, tras algún tiempo editando, uno llega a apreciar hasta qué punto es importante. El quinto pilar es, curiosamente, que Wikipedia no tiene normas firmes al margen de estos cinco pilares. Es

carros, y no son expertos con poder de decisión sobre la orientación de los contenidos. Idealmente, sus intervenciones deberían limitarse a asegurar que se respetan las normas básicas y las políticas de Wikipedia. Los bibliotecarios son elegidos por el resto de usuarios. Uno sencillamente presenta su candidatura y espera a que el resto de usuarios registrados con más de 100 ediciones y un año de antigüedad se pronuncie a favor o en contra.

Wikipedia es, casi desde cualquier punto de vista, un proyecto exitoso. Su versión inglesa (Wikipedia se agrupa por idiomas, no por países) es ya la mayor enciclopedia del mundo. En términos generales, su fiabilidad es aceptable y, en el caso de los contenidos científicos, más que aceptable. Es cierto que coexisten



la expresión. Es el caso de Wikipedia o el software libre. Análogamente, el sector más influyente de la comunidad de Wikipedia –muy representativo de las corrientes dominantes en el movimiento del conocimiento libre– tienen una concepción estrictamente liberal (en el sentido político de la expresión) de la participación en esta clase de proyectos. Esto significa que otorgan una enorme importancia a las reglas formales o a las cuestiones legales por encima, por ejemplo, de las formas de solidaridad más tradicionales entre la izquierda.

Por supuesto, imaginar una conciliación entre estas perspectivas antagónicas no hace más que añadir leña a la fogata de la ideología telemática dominante. La única postura razonable es asumir que Internet y la cultura libre son terrenos política e intelectualmente conflictivos como, por otra parte, cualquier otro espacio público. Se trata de áreas fructíferas e interesantes, con enormes potencialidades, en las que merece la pena trabajar, pero que de ningún modo están estructuralmente libres de las batallas políticas e ideológicas del mundo analógico tradicional. La moraleja debería ser que aún no se ha inventado ningún dispositivo tecnológico que nos libre de las amplias dosis de prudencia, astucia y sentido común que precisa la intervención política en la arena pública, incluso cuando está mediada por una pantalla de plasma de última generación.

## Open Access

### Y la “comedia” de los comunes

Igor Sádaba Rodríguez

A finales de los años 1960, se cocinó en los fogones académicos norteamericanos una “fábula económica” denominada la “Tragedia de los comunes”. La parábola la introdujo en 1968 Garret Hardin en la revista *Science*, resultando ser una succulenta metáfora que alertaba del riesgo del sobreuso (y peligro de agotamiento y deterioro) de los bienes públicos o recursos compartidos, debido a la falta de incentivos para conservarlos. Una vez erigidos los elementos comunes, nadie se preocuparía de garantizarlos ni de resguardarlos ya que somos todos egoístas gorriones que no miramos más allá de nuestro ombligo o, en este caso, de nuestro bolsillo. La reacción conservadora de la década de los 70 del pasado siglo y ese primer neoliberalismo imberbe echaron mano de dicha construcción retórica y la guardaron en sus alforjas como arma arrojada recurrente en su asalto al fortín del Estado de Bienestar. La “Tragedia de los Comunes” fue, en definitiva, un mito *neoon* que se empleó como soporte legitimador de varios procesos de privatización en el mundo anglosajón.

Por otro lado, habita en nuestra cabeza la caricatura del científico, un tipo despistado, desaliñado, obseso de las mediciones y absorto en sus experimentos de laboratorio. Esta imagen es acompañada por la de la ciencia como actividad desinteresada, voluntaria, entregada al puro saber, alejada de ganancias chabacanas o materialistas. Tal representación de la ciencia

como investigación curiosa y apasionada la teorizó el sociólogo norteamericano R. K. Merton, bajo el apodo “CUDEO”: Comunismo, Universalismo, Desinterés y Escepticismo Organizado. Hoy en día nadie peca de tal ingenuidad como para pensar que los científicos, en tanto trabajadores y profesionales, se mueven por el puro desinterés y que investigan gratuitamente como auténticas “madres teresas” del mundo intelectual. Un científico es un asalariado más que requiere sobrevivir en un capitalismo salvaje (“los garbanos son los garbanos”). Sin embargo, es cierto que la ciencia, mal que bien, ha venido a cumplir históricamente (como tendencia o “ideal normativo”) la cuestión de ser una práctica comunitaria y cooperativa, de remuneración pública y poco dada al pelotazo y al lucro incontrolado. En términos generales, las caricaturas a veces funcionan.



Las últimas tendencias en la moda de la política científica es ir ahogando cada vez más ese estrecho, pero todavía existente, margen de maniobra de la comunidad científica. La pasarela global presenta sus nuevos modelos de gestión de la ciencia y la tecnología que pasan por enaltecer la idea de Innovación (ideas aplicadas y exitosas en el mercado) como nuevo *mantra* incansablemente repetido, un “a priori” incontestado en nuestro inconsciente colectivo que encumbra a la ciencia empresarial como motor único del progreso social. Para impulsar la tan cacareada Innovación es requisito indiscutible proteger con mil candados (propiedades intelectuales e industriales) los resultados de la investigación, como regla de compensación y amortización de la inversión privada. La gestión privatista de los frutos del quehacer científico y técnico disloca los marcos tradicionales de difusión y distribución del trabajo científico, (bien)acostumbrado y beneficiado por la libre circulación de los mismos. Ahora, son esos extraños monopolios científico-técnicos el nuevo *prêt-à-porter* del dictado neoliberal.

Frente a ellos, un tímido y singular “movimiento” asoma desde hace un tiempo: el *Open Access*. Se trataría de componer repositorios o depósitos de ciencia, una especie de campos abiertos de saber científico que puedan ser consultados y registrados

libremente (ver la PLoS, *Public Library of Science*, <http://www.plos.org/>). Son una suerte de bienes públicos que se están manteniendo de manera coordinada, que engordan sorprendentemente y que no son realmente trágicos, sino más bien al contrario. Estaríamos hablando de una Ciencia 2.0 (siguiendo los modismos neotecnológicos), un *aggiornamento* del habitus científico que se nutre de prácticas cooperativas tradicionales, pero aquí reconocidas y valoradas. Amparada por el desarrollo de las tecnologías digitales, despegua una “nueva cultura científica” como movimiento asimétrico o reverso de la privatización del conocimiento. Se nos advertirá que de nueva tiene poco si confiamos en la versión mertoniana de la Ciencia, pero podemos interpretar novedades en la forma de materializar esa idea de comunidad científica cooperativa y su *ethos* normativo (las pautas y los valores que la organizan).

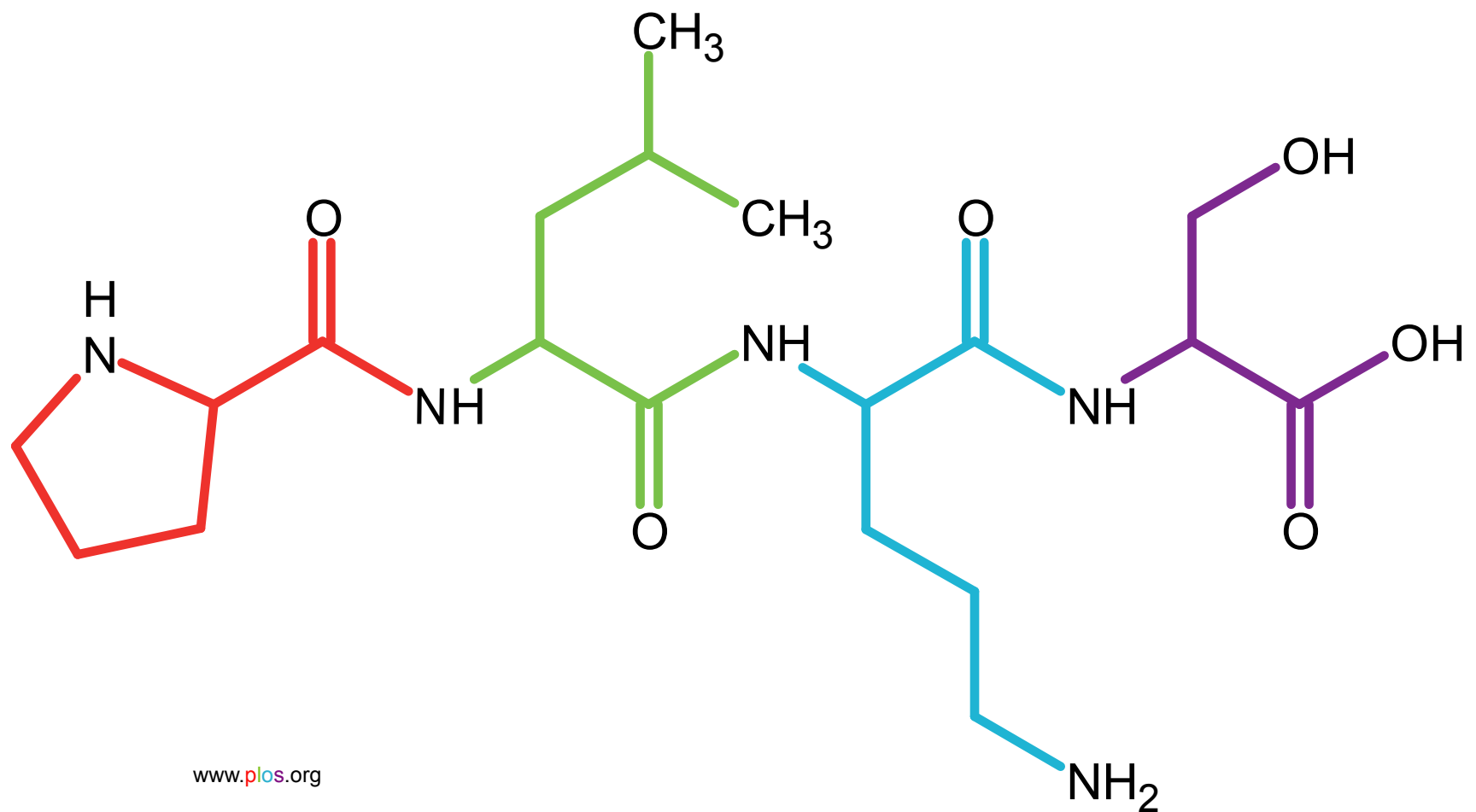
Desde aproximadamente el 2002 (cuando nació PLoS), han florecido sin cesar proyectos e iniciativas de acceso abierto en los ambientes científicos: el *Directory of Open Access Journals* (<http://www.doaj.org/>), recopilaciones de ciencia abierta (<http://www.recolecta.net/buscador/>), repositorios de recursos digitales (<http://www.oaister.org/>), la *Open Archives Initiative* (<http://www.openarchives.org/>), etc. El elenco de ejemplos no se agota en una simple enumeración de hemerotecas digitales sino también en la exportación de modelos de producción cooperativa del conocimiento (tipo Wikipedia) al espacio científico: GeneWiki<sup>1</sup> y WikiProteins<sup>2</sup> son dos muestras punteras de esta ciencia de “nueva generación”. A la par, las Reuniones (y posteriores Declaraciones) de Budapest (2002), y de Bethesda y Berlín<sup>3</sup> (2003), los proyectos universitarios de repositorios abiertos o las directrices sobre *Open Access* del *European Research Council* (publicadas el 10 de enero de 2008) han abierto la vía institucional al *Open Access* suponiendo un primigenio pero firme reconocimiento formal.

Veamos un ejemplo. Dentro del campo de la edición

1 <http://en.wikipedia.org/wiki/Gene>

2 <http://en.wikipedia.org/wiki/Proteins@home>

3 <http://oa.mpg.de/openaccess-berlin/berlindeclaration.html>

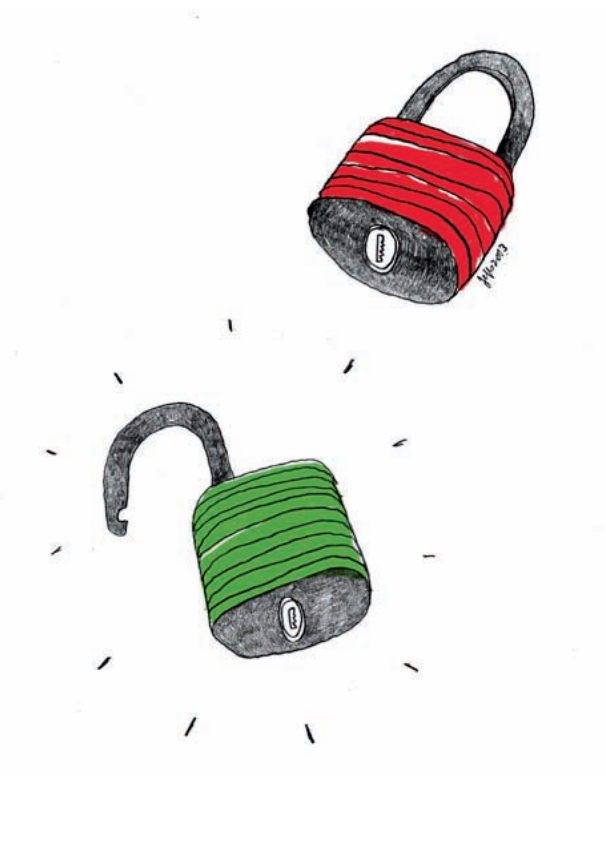


científica *Open Access* están operando dos estrategias distintas: la *green road* (vía verde) y la *gold road* (vía dorada). La primera responde a la idea de auto-archivo de artículos sin revisar o evaluar (*pre-prints*), de libre distribución y acceso. En la segunda, quienes depositan aportan (*autor pays*) para mantener la revista de manera que los propios autores (o sus instituciones) reducen los costes de edición y difusión, y los suscriptores tienen camino directo y gratuito a la información. Como “abierto” no significa “gratis total”, son maniobras para transferir los importes de la edición de manera que no recaigan todos en la audiencia o en la sociedad, promoviendo su propagación pública.

Ante la pujante presencia de estos fenómenos, algunos autores señalan adecuadamente la inversión del tópico *neocón* que aseguraba como dogma de fe la imposibilidad temporal de mantener bienes comunes (Heller y Eisenberg lo han bautizado como “la Tragedia de los Anticomunes”). La Propiedad Intelectual, aseguran, puede provocar la infrautilización de ciertos bienes públicos, en especial en algunas áreas, debido a la existencia de multipropietarios que bloquean su acceso. Es decir, con la excusa de la creación de incentivos (ante un supuesto panorama de inmovilismo pasivo) se introducen derechos de propiedad cuyos efectos secundarios pueden ser contraproducentes, cortocircuitando también la creación/inventiva. La privatización puede resolver una tragedia, pero crea otras tantas desdichas e infelicidades. El *Open Access*, por tanto, nos plantea una auténtica “Comedia de los comunes”, un modo original de colaboración coordinada que se vuelve contagiosa, que viola la machacona cantinela de un mundo regido por egosaurios y roñosos que acumulan competitivamente todos sus recursos. Los avances del *Open Access*, por pírricos que sean, ponen sobre la mesa una realidad que nos devuelve al mundo real, valga la redundancia.

La pregunta obligada es si el progreso de la Ciencia (o

del saber metódico) se beneficia de una ciencia abierta o cerrada (pública o secreta, sin puertas o circunstancialmente apropiada); si el conocimiento técnico evoluciona positivamente en un entorno de libre intercambio de bibliotecas científicas o requiere de regulaciones propietarias y de confiscaciones privadas para financiarlo. La mirada histórica parece desmentir la perentoria necesidad de los cotos privados como única forma de estimular el conocimiento técnico.



www.plos.org

Hay otro argumento que nos inclina a seguir la senda abierta por el *Open Access*. Más allá de su supuesta eficacia en el desarrollo mismo de la ciencia, se puede

reivindicar a esta última como una entidad social, como una actividad intrínsecamente colectiva, como un magma compartido (sedimentado durante siglos), producto de la bulliciosa vida comunitaria y social. La ciencia es el saber humano común, histórico. Los *scientific commons* formarían parte del patrimonio colectivo de la humanidad, al igual que su ADN (que, por cierto, es patentable en algunos países) y, en consecuencia, existen derechos de la sociedad de acceso a los mismos. Ya no es una cuestión de productividad intelectual o de eficiencia técnica del modelo científico. Supone una argumentación radicalmente distinta: la ciencia es algo que nos pertenece a todos y le corresponde ser universalmente accesible. No nos importa si va rápida o lenta, si maximiza o minimiza recursos, si alcanza óptimos de productividad o descubrimientos punteros, es un bien común inalienable e inapropiable. Se trataría de una cuestión del valor que le otorgamos a los procesos sociales en tanto garantes del vínculo político que nos une.

Sería un ejercicio algo ingenuo la generalización masiva del modelo del *Open Access* a todas las latitudes del conocimiento, a todos los recovecos de la ciencia o a todas las ramificaciones de la cultura pensando que hemos encontrado una gallina de los huevos de oro que no tiene defectos. Pero sería igualmente naïf (y perverso) ningunear la expansión de la marea burbujeante que el sector del conocimiento libre experimenta (“vientos de apertura” donde convergen el software libre, los *creative commons*, el *open access*, etc.). La remuneración y financiación de la ciencia es un debate irresuelto, sin fórmulas mágicas, pero donde se demuestra que no necesariamente debe pasar por ser un modelo de negocio empresarial. La salarización de los científicos es un asunto turbio sin recetas universales pero se percibe que no requiere taxativamente de cercamientos al saber social para funcionar. Nos vamos a casa sabiendo que ese cuadro trágico que nos pintó el neoliberalismo más ramplón y pedestre se puede convertir, a ratos, en una comedia para muchos.